

Una calle con nombre propio

JOSÉ TUVILLA RAYO
Escritor

Al buen viajero no le basta conocer el pasado del lugar que visita, recorrer los itinerarios marcados previamente en un plano o embelesarse con un paisaje rotundo y hermosamente extraño. Más allá del descubrimiento y del asombro que le produce el conocimiento y el gozo de lo nuevo, está la obsesión por saber la esencia total del espacio natural y urbano que le ha empujado a iniciar una aventura que espera sorprendente y memorable. Necesita mirar, oler, respirar, tocar... pero sobre todo —porque si no su viaje sería incompleto— aproximarse a los aspectos más inéditos de cada calle, intuir la cara oculta y menos pública de su travesía. En definitiva, precisa proporciones humanas y posibilidades de nuevas relaciones que le permitan un conocimiento total del lugar y de sus habitantes. En ese sentido, Alhama se abre al viajero sin resistencia como un delicado y hermoso oasis, ofreciéndole luz, agua y paisaje, excelentes principios que convierten esta localidad en un lugar privilegiado y sugestivo. No es pues extraño que **Brenan** dijera que desde aquí el paisaje era el más hermoso de Europa. Ni que **Salmerón, don Nicolás**, pasara las tardes embebido mirando, desde su piedra del conjuro, el verdor de los parrales en contraste con el desierto o las montañas violetas de la Sierra de los Filabres. El viajero ávido de paisajes naturales y de perfiles humanos ha de saber que aquí, como ocurre en cualquier otro lugar, cada vía pública tiene su personalidad propia, una singular seña de identidad que la caracteriza y diferencia de otros paisajes. Hay calles recoletas, ocultas, desiertas, vecinales, privadas, íntimas o casi anónimas; pequeñas, recortadas, de trazado empinado y angosto cuya historia es lectura exclusiva de sus

vecinos, una historia de puertas adentro, de interiores, resguardada de todo rumor y desacierto. Se diría que su encanto reside entonces únicamente en el boceto arquitectónico y urbano de sus casas finamente hilvanadas, en la imagen capturada por la cámara fotográfica donde se

aprecia el detalle preciso que conmueve y sorprende: un rincón primorosamente ajardinado, la fachada de una antigua casa de altas puertas, el ángulo suave de una encrucijada, la altura inequívoca que se levanta hacia un cielo azul y limpio, o tal vez, la prolongada recta de un recorrido que desciende vertiginoso hasta los barrios más recientes.

Pero también hay otras calles, en cambio, que tienen una particularidad reconocida y notable porque son espacios abiertos y compartidos, tanzadas a la humana medida de todos. Este es el caso de la Calle Médicos, larga y lineal como una avenida, sin esquinas ni cotos, colectiva como una plaza, esbozada para el paseo y el encuentro donde al visitante le basta un solo y detenido recorrido para hacerse una descripción exacta de su geografía humana y descubrir el pulso y el ritmo de la localidad. Es ésta una calle de entrada y de salida, arterial y de acceso, frontera despejada del casco más antiguo y de las zonas más modernas. Pero además es la calle principal que conduce a los centros de enseñanza, a los comercios, a los bares, a la oficina de Correos, a los bancos...

Transitada y bulliciosa siempre es camino inevitable para todos los que inician la acertada aventura de conocer los pueblos de la Alpujarra. En resumen, una calle luminosa y acogedora como las gentes de este pueblo. Una calle con nombre propio.